



Ángel Ortín Pascual

Ángel Ortín vino al mundo, o lo trajeron –que de las dos formas puede decirse– en lo que en otros tiempos fue la cabecera del mítico Campo de Visiedo.

Estudió Filosofía y Letras por hacerse una persona de provecho en la vida, y hoy, unos cuantos años después, sin haber conseguido vivir de lo primero y siendo discutible el haber alcanzado lo segundo, labora a orillas del río Huerva en menesteres más plebeyos. De cuando en cuando, saca tiempo para emborronar folios que rara vez ven la luz, pues, entre otras cosas, tiene una vocación de inédito no del todo bien llevada.

Desde hace diez o doce millones de años gusta decir que está ultimando las correcciones de una novela larga. Algunos conocidos que han leído algo de ella afirman que será algo así como el Ulises del siglo XXI. Otros, menos amigos del autor, dicen que si alguna vez la termina, cosa que dudan, si sale con barba será como San Antón, y si no como la Purísima Concepción.

Aquí nos ofrece una serie de poliedrías –término acuñado por el propio autor– que son algo así como simulacros de metáforas en torno a un objeto mirado desde todos los ángulos posibles de un poliedro.

Poliedrías en torno al número 12

Ángel Ortín Pascual

I

El 12 tiene algo de niño con flotador en forma de patito, –de ese niño camino de la playa que todos fuimos un día en los perdidos veranos de nuestra infancia–, dispuesto a darse un baño en el azul del mar.

II

El 12 tiene algo de 1 haciendo el camino de Santiago.

III

El 12 tiene algo de mariposa blanca con un ala desplegada y otra no.

IV

El 12 es un 1 con su sombra en contrapicado, un 1 mirándose en los espejos deformantes de la sala de espejos cóncavos de un parque de atracciones, en esos espejos que tan extrañas formas hacen de nuestros cuerpos. Un 1 –ese mismo 1– que al ver, hace un momento, a un 12 paseando por el parque ha pensado que los doces tienen algo de niño de ferias afortunado, de niño al que sus progenitores, o quizás el novio de su hermana mayor, le han obsequiado con un tigre de peluche gigante.

V

El 12 es una pareja de unos bailando un tango apasionado, un tango donde –no hay más que fijarse bien– el hombre, a la izquierda, con su bigotito suburbial mantiene una postura erguida, viril y chulesca, mientras la mujer, en postura sumisa y como besándole el pecho, tiene las piernas flexionadas con una rodilla clavada en tierra y un zapato de tacón de aguja en cada pie.

VI

El 12 es la defragmentación cubista de una percha.

VII

El 12, –¡cómo no había caído antes!–, es un palomo de pecho rumbón cortejando a una hembra, toda tiesa ella, que le da largas; pero que a la larga, como tantas y tantas otras veces, por esos sabios e inexpugnables mandatos de la madre natura, acabará sucumbiendo, no a los deseos de ese donjuán de pacotilla, sino a sus propias e instintivas necesidades copulativas.

VIII

El 12 es un 2 detenido en plena calle, quizás leyendo un cartel de toros, o quizás una pintada, o quizás mirando el interior de un escaparate de lencería para números, o quizás frente a una taquilla de cine pidiendo una entrada, o quizás sacando dinero de un cajero automático, o quizás... Lo único que está claro es que nunca sabremos qué está mirando ese 2 mirón, y tampoco, por muy bien peinado que se le ve, cuánto dinero lleva en el bolsillo.

IX

El número 12, en cierto modo, vive en una especie de inmortalidad: nació un día más que lejano ya, y hoy por hoy nos es inconcebible su muerte, su dejar de existir. Y aunque eso ocurriera, aunque de repente sufriera un infarto o un accidente de tráfico y nos abandonara para siempre, además de organizarle un sepelio conforme es debido y como Dios manda, habría que llenar de forma urgente su vacío, su hueco, suplantándolo con algún doble suyo que hiciera las veces de 12, pues de no hacerlo, entre el número 11 y el 13 se abriría un abismo donde los escolares, al aprender a contar, tendrían que detenerse de forma abrupta como se detenían los caballeros medievales al llegar a un castillo precedido por un puente levadizo y un foso repleto de hambrientos cocodrilos.

X

El 12 es una pareja de dos números enamorados que aunque se saben distintos –¿dónde va usted a comparar la belleza lírica de la delgadez del 1 con el encorvamiento del 2!–, aunque saben de sobras que podrían vivir por separado, sin trabazón alguna entre ellos (como tantos y tantos otros unos, y como tantos y tantos otros doses), con el tiempo y sin apenas perder ninguno de ellos un ápice de su personalidad primera, han conseguido crear un número distinto de ellos y a la vez un número que los contiene a los dos. Un nuevo número, en fín, llamado 12 que los solidifica con esa argamasa que unía durante toda una vida a los matrimonios antiguos.

XI

El 12, a simple vista se ve, es un par de números; un par que como todo par bien avenido, forma una pareja; una pareja que, sea heterosexual o lésbica (eso ahora apenas nos importa), hoy por hoy, después de tantos años juntos, tiene aspecto de pareja antigua, de pareja entrada ya en años que aunque todavía conserva unas cuantas ilusiones en pie, pues uno no puede quedarse nunca sin ilusiones, a su avanzada edad a lo único que aspira hoy es a compartir recuerdos y ternura, a hacer la existencia de su cónyuge lo más llevadera posible, a que el dolor no se cebe en exceso con ellos y a abandonar juntos este mundo, dándole así a su larga unión un simulacro de eternidad, una pátina de inmortalidad.

XII

En el 12 está contenida la metáfora exacta de la vida: ese recorrido que va desde la robustez erguida de columna vertebral recta y fuerte del joven ya no adolescente que simboliza el 1, hasta la edad crepuscular de los achaques y los encorvamientos de la vejez al final del trayecto de la vida representado en el 2.

PD: El 12, está claro, da mucho juego literario; mucho más que el 11, por ejemplo, que al mirarlo detenidamente sólo se ve a dos soldados profesionales desfilando, o a lo sumo, a dos cipreses de soneto elegíaco asomando por encima de la tapia de un cementerio.